

29ºD.TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 22,15-21.

En aquel tiempo, los fariseos se retiraron y llegaron a un acuerdo para comprometer a Jesús con una pregunta. Le enviaron unos discípulos, con unos partidarios de Herodes, y le dijeron:

- Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad; sin que te importe nadie, porque no te fijas en las apariencias. Dinos, pues, qué opinas: ¿es lícito pagar impuesto al César o no?

Comprendiendo su mala voluntad, les dijo Jesús:

- ¡Hipócritas!, ¿por qué me tentáis? Enseñadme la moneda del impuesto.

Le presentaron un denario. Él les preguntó:

- ¿De quién son esta cara y esta inscripción?

Le respondieron:

- Del César.

Entonces les replicó:

-Pues pagadle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

TODOS ES DE DIOS

Israel, un pueblo que amaba profundamente la libertad y la independencia de su nación, **«se encuentra ocupada»** por las tropas del emperador romano. El signo más visible y más odiado de esta ocupación era **«el impuesto»** que debían pagar al César.

En aquel entonces imperaba el principio de que la **«zona de soberanía»** de un rey o de un emperador se extendía al **«área de validez de sus monedas»** y que, por tanto, quien **«utilizaba»** su moneda reconocía la soberanía de quien la había mandado acuñar y, consiguientemente, su deber de pagar impuestos.

«Pagar o rechazar» el impuesto tenía para los judíos una doble significación. Por un lado, **«someterse o rebelarse»** ante la ocupación, pero también significaba someterse o rebelarse ante la pretendida divinidad del emperador. Por tanto, **«someterse y pagar significaba abandonar la defensa de la propia independencia y la divinidad única de Yavé»**.

La postura de los diversos grupos políticos y religiosos estaba dividida. Los más radicales eran los **«zelotes»**, para los que pagar el impuesto era ir en contra del primer mandamiento, que manda reconocer a Yavé como único Dios y defendían la lucha armada contra Roma. En el otro extremo estaban los **«herodianos»**, partidarios de Herodes, el rey títere admitido por los romanos, que defendían el pago del impuesto por los beneficios y privilegios que disfrutaban con la ocupación. Entre ambos extremos estaban los **«saduceos»**, el partido de las clases altas, y los **«fariseos»**, que se habían resignado al pago del impuesto y a todo aquello que no pusiera en peligro sus intereses.

Los fariseos cuya actitud frente al Reino de Dios había sido puesta en **«evidencia»** por Jesús, tal como se recoge en las tres parábolas leídas en estos tres últimos domingos, pasan ahora al ataque y llegan a un acuerdo para prepararle **«una trampa decisiva»**.

Para ello envían a **«unos discípulos»**, no van ellos mismos, evitan el encuentro directo con Jesús. Ellos son defensores del orden vigente y no quieren perder sus **«privilegios»** en aquella sociedad que Jesús cuestionaba de raíz. Pero, además, los envían acompañados **«por unos partidarios de Herodes»** del entorno de Antipas

El elogio que hacen de Jesús es insólito en sus labios: **«Sabemos que eres sincero y enseñas el camino conforme a la verdad»**. Todo es una trampa, pero han hablado con más verdad de lo que se imaginan. Es así. Jesús vive totalmente entregado a preparar el **«camino de Dios»** para que nazca una sociedad más justa. Ni está al servicio del emperador de Roma, ni vive para hacer crecer el Imperio. Su misión es hacer posible la **«justicia de Dios»** entre las personas y, consiguientemente, la creación del Reino de Dios

Esos fariseos que habían atesorado tantas monedas a costa del trabajo y de la miseria de las clases humildes, son los que ahora quieren comprometerle ante ese pueblo maltratado o, en su caso, ante el gobernador. La trampa la tienen bien pensada.



«¿Es lícito pagar impuestos al César o no?», le preguntan. Si responde negativamente, le podrán acusar de rebelión contra Roma. Si legitima el pago de tributos quedará desprestigiado ante aquellos pobres campesinos, que viven oprimidos por los impuestos, y a los que Él ama y defiende con todas sus fuerzas.

Sin embargo, la respuesta de Jesús es rotunda y a la vez desconcertante: **«Pagad al Cesar lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»**. Pero Jesús no está pensando en Dios y el César como dos poderes que pueden exigir cada uno sus derechos a sus súbditos. Como judío fiel, sabe que a Dios le pertenecen **«la tierra y todo lo que contiene, el orbe y todos sus habitantes»** (salmo 24). ¿Qué le puede pertenecer al César? ¿Acaso su dinero injusto?

La realidad es que **«¡todo es de Dios!»**, lo del César también es de Dios. **«El dinero»** es de Dios, **«la política»** es de Dios, **«el tiempo»** es de Dios, **«el trabajo»** es de Dios. Y todo eso hay que dárselo a Dios.

Lo que Jesús nos plantea, a partir de la pregunta hecha por los fariseos, es una interrogación más radical y vital para cada uno de nosotros, una interrogación que podemos hacernos: **«¿a quién pertenezco yo?»** ¿A la familia, a la ciudad, a los amigos, a la escuela, al trabajo, a la política, al Estado? Por supuesto que sí. Pero, antes que nada, nos recuerda Jesús, **«tú perteneces a Dios»**. Esta es la pertenencia fundamental. Es Él quien te ha dado **«todo lo que eres y tienes»**.

Los cristianos estamos llamados a **«comprometernos»** de forma concreta con las realidades humanas y sociales de nuestro mundo sin contraponer Dios y César, sino iluminando esas realidades **«con la luz que viene de Dios»**. Por eso los cristianos hemos de **«mirar permanentemente a Dios»** para vivir la vida terrenal con plenitud y responder con coraje a sus desafíos. ¡Que así sea!